

para reemplazar en el cuerpo de Lannes á la división Gazán que quedaba en el mismo Viena.

Napoleón entró en Brun en 20 de noviembre; allí estableció su cuartel general, y allí fué inmediatamente á visitarle el general Giulay, acompañado esta vez de Mr. de Estadión, que propusieron la paz de una manera más formal que en sus precedentes misiones. Napoleón les contestó que su deseo era deponer las armas y volverse á Francia; pero sin ocultarles las condiciones de un tal ajuste, pues estaba resuelto, decía él, á no consentir en adelante que la Italia dividida entre la Francia y el Austria continuase siendo objeto de recelos y de guerras entre esas dos potencias. Queríala toda entera para él hasta el Isonzo; esto es, exigía que se le cediesen los Estados venecianos como los solos de toda la Italia que aún no había conquistado. No entró en lo que presumía reclamar para sus aliados, los electores de Baviera, de Wurtemberg y de Baden; pero declaró en términos generales que era preciso asegurar su situación en Alemania, y acallar de una vez y para siempre las contiendas pendientes entre ellos y el emperador desde la nueva constitución germana de 1803. El general Giulay y monsieur de Estadión combatieron con energía la exorbitancia de esas condiciones; pero no por eso quiso Napoleón modificarlas, antes les dió á entender que atento exclusivamente á los negocios de la guerra, no le convenía tener á su lado unos negociadores que al cabo no eran sino unos espías militares encargados de vigilarle todos sus movimientos. Por consiguiente les invitó á que se volvieran á Viena, donde podían tratar con Mr. de Talleyrand, que había ya pasado á aquella capital. En efecto, Napoleón, muy poco condescendiente con los gustos de su ministro, poco afecto al trabajo y menos á las faenas de los cuarteles generales, le había hecho ir primero á Estrasburgo, después á Munich y ahora á Viena, comisionándole para esas interminables conferencias que en las negociaciones preceden siempre á los resultados de gravedad.

Durante la entrevista que tuvieron con Napoleón esos dos enviados austriacos, uno de ellos no pudo contenerse y soltó una palabra imprudente, de la cual pudo deducirse con toda evidencia que la Prusia se hallaba comprometida con la Rusia y el Austria por medio de un tratado. Algo de semejante se le había escrito ya desde Berlín al emperador; pero no en términos tan positivos como los que acababa de oír; y tal descubrimiento fué causa para que entrase en nuevas reflexiones, disponiéndole más y más á la paz, aunque sin desistir de sus principales pretensiones. Perseguir á los rusos más allá de la Moravia, es decir, hasta en la Polonia, no podía traerle cuenta, pues hubiera sido exponerse á que los archiduques le cortaran sus comunicaciones con Viena. Por lo mismo se resolvió á esperar la llegada de Mr. de Haugwitz y el desarrollo ulterior de los proyectos militares que pudieran haber concebido los rusos. Tan dispuesto estaba para entrar en ajustes de paz como para cortar en una batalla sonada el nudo gordiano de la coalición, si sus enemigos salieran ofreciéndole una coyuntura favorable. Dejó, pues, que transcurrieran algunos días, gastándolos en el estudio del país que entonces ocupaba, estudio que practicaban él y sus generales con una diligencia sumamente cuidadosa, como si un secreto presentimiento le estuviese diciendo que

aquel vendría á ser acaso el teatro de una batalla decisiva. Esa corta tregua era también ventajosa para las tropas, pues que lograba un descanso á sus grandes fatigas en una marcha de tres meses, de ciento cincuenta leguas corridas entre el rigor del frío y tal vez el hambre. Así es que no escaseaban las bajas en las filas, aunque dejaran menor número de rezagados que las de cualquier otro ejército, pues bien le faltaba á éste una quinta parte del efectivo con que comenzó la campaña.

Y los verdaderos militares encontrarán esa baja de muy poca consecuencia, atendidos tantos padecimientos; á más de que con poco que se detuvieran en algún punto nuestras armas, pronto volvían á completarse las compañías, merced al celo con que los rezagados corrían á incorporarse en sus banderas.

Los emperadores de Austria y de Rusia, reunidos en Olmutz, gastaban por su parte el tiempo en examinar cuál debía ser su conducta en aquellas circunstancias. El general Kutusof, tras una retirada que no había sufrido sino descalabros de retaguardia, no llegó, sin embargo, á aquel punto más que con unos treinta y cinco mil soldados escasos, ya habituados al fuego, pero molidos de cansancio. Había, pues, perdido de doce á quince mil hombres entre muertos, heridos, prisioneros y estropeados. Alejandro, contando con el cuerpo de Buxhoevden y la guardia imperial rusa, llevaba cuarenta mil, lo que venía á completar un total de cerca de setenta y cinco mil rusos; y añadiendo á éstos quince mil austriacos, restos de los cuerpos de Kienmáyer, de Meerfeld y de una primorosa división de caballería, tendríamos todo el ejército austriaco reunido en Olmutz, en fuerza total de noventa mil combatientes (1).

Cumple que reparemos aquí lo exagerado de las pretensiones que entonces tenía la Rusia en Europa, comparándolas con el estado real y verdadero de sus fuerzas. Aspiraba nada menos que á mantener el equilibrio entre las demás potencias, y he aquí las bayonetas con que ella acudía á los campos de batalla donde se decidían los destinos del universo.

Mandó con el general Kutusof un ejército de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres; puso á las órdenes de Buxhoevden y del gran duque Constantino otros cuarenta mil; diez mil más al mando del general Essen; pongamos en quince mil los que maniobraban en el Norte de concierto con los suecos y con los ingleses y en diez mil los que se disponían á favorecer á la corte de Nápoles, con todo lo cual hallaríamos una suma de ciento veinticinco mil hombres para sustentar esta guerra, y no más que cien mil, si hemos de creer lo que los mismos rusos publicaron después de su derrota. El Austria había reunido más de doscientas mil bayonetas, la Prusia había puesto en línea ciento cincuenta mil, y la Francia puso por sí sola trescientas mil. Hablamos aquí, no de soldados comprendidos en los efectivos (lo cual haría una mitad de diferencia), si sólo de soldados presentes en las filas el día del combate. Sean en buen hora los rusos peones de gran temple; pero que no pretendan, como entonces lo pretendían, dar la ley á la Europa con cien mil hombres bravos é ignorantes.

(1) Los rusos la dieron mucho menor el día después de su derrota: Napoleón la supuso mucho mayor en sus boletines. Creemos que nuestro aserto es el más exacto, como que se apoya en una multitud de testimonios y de estados auténticos. (N. del A.)

Los rusos, que trataban con el mayor desprecio á sus aliados los austriacos, que los acusaban de ser cobardes y sus oficiales ineptos, continuaban causando en el país estragos horribles.

Las provincias orientales de la monarquía austriaca de todo carecían. En Olmutz ni aun había lo necesario para la vida, y los rusos se procuraban los mantenimientos, no con la inteligencia del soldado francés, merodeador astuto y rara vez cruel (1), sino con la brutalidad de una horda de salvajes, saqueando los pueblos que había algunas leguas alrededor de su campo y arrasando completamente el país que ocupaban. La disciplina ordinaria, tan rígida entre ellos, comenzó á resentirse de una manera hartamente sensible, y se mostraban muy poco prendados de su emperador.

En el campo austro-ruso no había el temple de alma conveniente para tomar disposiciones juiciosas. Una juventud atrabiliaria y una desazón, un malestar común impulsaban á obrar en cualquier sentido; era preciso cambiar de punto, aunque sólo fuera por el gusto de cambiarle. Ya dijimos que Alejandro comenzaba á dejarse guiar por nuevas influencias. La dirección que se había dado á los negocios le tenía muy descontento, porque aquella guerra no parecía tomar un favorable aspecto, no obstante los lisonjeros pronósticos de la camarilla que á Berlín le había seguido; y por no mentir al uso de los príncipes, sin rebozo descargaba sobre sus ministros los resultados de una política que él mismo quiso hacer prevalecer, sólo que no supo sostenerla con perseverancia, medio único que hubiera podido corregir sus defectos. Y cobró mucha mayor fuerza esa su opinión desde que por sí mismo vió el estado de la corte de Berlín. Otros muchos desaciertos hubiese yo cometido, decía él, si me hubiese dejado llevar del consejo de mis amigos. Persistiendo en la idea de atropellar á Prusia, no ganaría sino poner esa potencia de parte de Napoleón, mientras que al contrario, merced á su habilidad personal, acababa él de contratar con aquella corte pactos que equivalían á una declaración de guerra á la Francia. Por tanto, por excusados tenía ya los consejos el joven emperador; creíase con más saber que el de todos sus ministros juntos. El príncipe Adán Czartoryski, sujeto honrado, grave, amante de su soberano bajo de una indiferencia aparente, y que, como ya dijimos, se había constituido censor insostenible de las debilidades y de la inconstancia de Alejandro, sostenía una opinión que debía necesariamente acabarle de desconcertar. El parecer de ese ministro era que el emperador nada tenía que hacer en el ejército; que no era ese su lugar correspondiente; que nunca había servido en la milicia, y que por lo mismo no era posible que él supiese mandarla. Decía además que su presencia en el cuartel general en medio de una caterva de jóvenes calaveras, ignorantes y vanidosos, no podía menos de re-

(1) Si el historiador hubiera nacido en España y allí se hallara con algo que perder durante la injusta guerra que inmortalizó un 2 de mayo de 1808, de seguro viera menos inteligencia en el merodear del soldado francés y una crueldad sobrada *cosaca*. ¿Qué pudieron cometer los rusos en el Austria? Robos, asesinatos y violencias en mujeres indefensas ó en criaturas inocentes; pues esos fueron los tres vicios que ejercitaron con mucha frecuencia en España los soldados franceses, sin que en manera alguna nos extrañe, porque esos tres vicios los enseñaba cada día el pueblo francés en todos sus tribunales. (N. del T.)

bajar la autoridad de los generales, descargándolos también de toda responsabilidad, y que en una guerra en que todos ellos entraban con no pocos recelos, de mucha satisfacción les serviría al verse sumisos al parecer ajeno, no obligados á responder de sus actos y la dirección de los negocios confiada á una juventud desquiciada, porque así no podrían achacárseles las derrotas que de antemano preveían. Por último, que un ejército nunca puede estar más mal mandado que cuando le manda una corte; que además aquella guerra había de ser fecunda en reveses; que para sustentarla se necesitaba constancia, y la constancia dependía del importe de los medios que se supieran preparar; que los generales debían de desempeñar sus cargos al frente de las tropas, como el emperador llenaría el suyo poniéndose en el centro de su gobierno para alentar el espíritu público, y suministrar con energía y aplicación, proveyendo á los ejércitos de cuantos recursos fuesen necesarios para dilatar la guerra, como medio único, si no de triunfar, por lo menos de hacer que la fortuna se mantuviera indecisa.

Imposible fuera el acudir con un consejo ni más sensato ni que más pudiera desagradar al emperador Alejandro. Este príncipe había tratado ya de ver cómo pasar plaza de político en la Europa, mas en esta parte todavía no estaban satisfechos sus deseos. Se miraba envuelto en una lucha que de seguro le habría llenado de terror, á no encontrar materia para tranquilizarse midiendo la inmensa distancia existente desde el teatro de la guerra hasta el lugar en donde se levantaba su trono. Empero sentía la necesidad de distraerse entre el tumulto de las armas; para hacer que el grito de su razón enmudeciera, conveníale que en Berlín, en Dresde, en Weimar y en Viena se le aclamara con el epíteto de salvador de los reyes. Por otra parte también presumía ese monarca que había de brillar á su vez en los campos de batalla y que su talento le había de inspirar cien veces mejor que el de sus vejstorios de generales, cuya experiencia tanto desdeñaba por escuchar demasiado las lisonjas de una juventud descabellada. «¿Por qué, se decía él á sí mismo, no llamarse á parte en esa gloria de las armas tan apetecida de los príncipes y no concedida hoy por la fortuna sino á un solo hombre, á una sola nación?»

Y con esas mismas ideas le adulaba la camarilla militar que andaba ya en derredor suyo, y cuyo jefe era el príncipe Dolgorouki; el cual quería que el emperador se quedase mandando las armas, para cautivar más fácilmente su voluntad. Así, con esmerado estudio trataba de persuadirle de que en él se encontraban todas las prendas de un verdadero jefe, y con presentarse en la lid bastaba para que cambiase la suerte de la guerra; que con su presencia redoblaría el ardor de los soldados, haciéndoles correr entusiasmados al combate; que sus generales no eran sino unos rutineros sin carácter; que Napoleón debía á la timidez de aquellos hombres y á sus conocimientos ya gastados todos sus triunfos; pero que no con tanta facilidad había de vencer los esfuerzos una nobleza joven, entendida, fiel y guiada por un emperador adorado. Esos guerreros tan nuevos en la carrera de las armas, osaban sostener que en Dirnstein como en Hollabrun habían sido vencidos los franceses; que los austriacos eran unos cobardes; que el valor de nadie era conocido sino de los rusos, y que si

éstos se vieran favorecidos con la presencia de su soberano, inmediatamente se derribaría la arrogante y tan poco merecida prosperidad de Napoleón.

El solapado Kutusof no encontraba que todo eso pudiera salir al pie de la letra, y se aventuraba á decirlo; pero con harta timidez, porque en su alma tan servil no cabía aliento para sustentar resueltamente su opinión, antes cuidaba mucho de no oponerse á las ideas de los nuevos favoritos del emperador, y llegó su bajeza hasta el punto de dejar que su larga experiencia fuera también insultada. El intrépido Bagración, el anciano y no por ello menos valiente Miloradovich, el juicioso Doctorow, he ahí tres militares cuyo parecer era digno de atención, pero con ninguno de ellos se contó. Un alemán, consejero del archiduque Juan en Hohenlinden, general Weiróther, ese era el único cuya autoridad hacía peso en la juventud guerrera que tenía ganada la confianza de Alejandro.

En el siglo anterior, cuando Federico arrolló al ejército austriaco en la batalla de Leuthen, atacándole por una de sus alas, se dió por de nueva invención la teoría del orden oblicuo, con la cual nunca había soñado aquel monarca, aunque á esa teoría se atribuyeran todos los triunfos de un tan gran guerrero. Después que el general Bonaparte vino mostrándose mucho más sublime en las atrevidas combinaciones de la guerra: después que se le vió con tanta frecuencia sorprendiendo, acorralando á sus enemigos, también salieron nuevos comentaristas que hacían consistir el arte en cierta maniobra, en saber envolver al enemigo. Según ellos, preciso era reconocerlos como inventores de una ciencia nueva, bautizada con un mote, nuevo también, el de *estrategia*, con el cual iban convidando á los príncipes que quisieran dejarse guiar por ellos. Sea de entre los tantos el alemán Weiróther, que llegó á persuadir á los amigos de Alejandro de que él tenía un plan de los más magníficos, de los más infalibles para acabar de una vez con Napoleón. El asunto no en otra cosa estaba, sino en una gran maniobra, por cuyo medio se debía acorralar al emperador de los franceses, cortar el camino de Viena y arrojarle á la Bohemia derrotado y alejado para siempre de las fuerzas que él tenía en Austria é Italia.

Todas esas ideas cuadraban perfectamente con la ligereza de Alejandro, en cuyo espíritu tanto influían ya los Dolgorouki, que hasta le fastidiaba el que el príncipe Czartoryski le saliese aconsejando el regreso á Petersburgo para gobernar, dejando á sus generales el cargo de sustentar la guerra en la Moravia.

En medio de ese laberinto en que así se resuelve la inexperta corte de la Rusia, ni aun hace caso de que con ella anda también el emperador de Austria; olvidado se le tiene, y no menos olvidadas están sus armas, ó cuando más sólo se recuerdan para decir que han comprometido en Ulm la suerte de la guerra. En cuanto á su soberano, á socorrerle venían los rusos, y harto dichoso podía llamarse al verse socorrido, sin pretender todavía mezclarse en los asuntos. En efecto, muy poca parte tomaba en ellos, ni se cuidaba tampoco de resistir á ese torrente de pura vanidad; contaba sí con nuevos reveses, ponía sus esperanzas en el tiempo, si acaso alguna quiso alimentar entonces, y apreciaba en su justo valer, aunque sin decirlo, el insano orgullo de sus alia-

dos; porque aquel príncipe tan llano y de tan pobre apariencia, estaba dotado de las dos principales prendas de su gobierno, la solapa y la perseverancia.

Fácil es, pues, de inferir el peso con que se agitaría entre entendimientos tan llenos de humo la grave cuestión de saber si convendría ofrecer la batalla á Napoleón ó no ofrecérsela. Esos inmortales lienzos, que hemos heredado de la antigüedad, y que nos enseñan la escena de la joven aristocracia romana violentando con su loca presunción la prudencia de Pompeyo, esos lienzos nada tienen de tan admirable, nada de tan instructivo, comparado con lo que pasaba en Olnutz, en 1805, en torno del emperador Alejandro. Todo el mundo era libre de pronunciarse porque se diera una batalla ó porque se evitara, y todo el mundo se pronunciaba. La pandilla mandada por los Dolgorouki encontró la cuestión sencilla. Negarse á dar la batalla era una cobardía, un insigne desacierto. En primer lugar, no había medio de mantenerse en Olnutz; allí el ejército perecía de hambre, y se desmoralizaba completamente. El quedarse en Olnutz, era lo mismo que abandonar á Napoleón, no sólo el honor de las armas, sino también las tres cuartas partes de la monarquía austriaca y los recursos tan abundantes que en ella poseía. Al contrario si se marchaba contra el enemigo, en cuyo caso se habían de recobrar de una vez y para siempre los medios de subsistencia, la confianza y el ascendiente que siempre sigue con tanta ventaja al que emprende la ofensiva. Y por último, ¿no era fácil de ver llegado ya el caso de un cambio en los papeles, cuando Napoleón, de ordinario tan ejecutivo, tan veloz en la persecución de sus enemigos, de repente había hecho alto, y vacilante y temeroso y parado en Brun, ni aun se atrevía á pasar á Olnutz para medirse con el ejército ruso?.. Eso consistía en que tenía muy presentes las acciones de Dirnstein y de Hollabrun; en que se miraba con unas tropas no menos desalentadas que él mismo, con unas tropas rendidas de cansancio, con la mitad de su fuerza perdida, llenas de descontento y maldiciendo á su jefe.

Tal era el lenguaje que aquella juventud loca sostenía con increíble desfachatez. No faltaron hombres sensatos, entre ellos el príncipe Czartoryski, no menos joven que los Dolgorouki, pero mucho más atinado, que salieron barajando aquellos argumentos con razones no numerosas, pero sumamente sencillas y capaces de convencer á entendimientos que una extraña y ciega obstinación no llevara ya extraviados. Queremos, decían esos hombres, queremos que nada valgan unos soldados que al cabo quedaron dueños del campo en Dirnstein y en Hollabrun, y han venido corriendo á nuestras armas desde Munich hasta Brun; queremos también el poco importe de ese general victorioso sobre todos los generales de la Europa; por lo menos el más experimentado de los que en el día viven, si acaso no fuera el más famoso, pues que se le había visto mandando en cien combates, mientras que sus actuales adversarios no se habían encontrado ni siquiera en uno; queremos, decimos otra vez, que ni esos soldados ni su caudillo sean dignos de nuestra atención; y sin embargo, todavía parecen dos razones muy perentorias que nos mandan no atropellar las cosas. La primera de ellas y la más poderosa es que con esperar algunos días vamos á ver expirado el término de un mes concedido á la Prusia, y á

esta potencia en la necesidad de declararse. ¿No es de temer, en efecto, que si antes damos una batalla y la perdemos, salga esa potencia acusándose absuelta de sus compromisos? Si por el contrario esperásemos el fin de esa tregua, podemos contar con ciento cincuenta mil soldados que invadirán la Bohemia. En tal caso, obligado se verá Napoleón á retroceder, sin necesidad de que con él juguemos la suerte de una batalla. Hay otra razón para determinarnos á ir con tiento. Con mantenernos quietos procuramos á los archiduques el tiempo necesario para que nos traigan por la Hungría sus ochenta mil austriacos, y en tal caso ya podemos acometer á Napoleón en proporción de dos ó acaso de tres contra uno. Sin duda parecían sobradas dificultades para mantenerse en Olnutz; pero aun cuando fuese cierta la imposibilidad de vivir en él algunos días más, lo que convenía era pasar á Hungría y tratar de reunirse á los archiduques, con cuya determinación se encontraría pan y un ejército de ochenta mil combatientes más. Alejándose por ese medio de Napoleón, era lo mismo que oponerle el más tremendo de todos los obstáculos, y la prueba él mismo la ofrecía habiéndose quedado inmóvil en Brun. No era el miedo el que le tenía detenido; miedo en un tal hombre sólo podían presumirle militares bisoños. No avanzaba, porque encontraba que sobrado se había alejado poniéndose á cuarenta leguas de distancia, no de la capital de su imperio, sino de la que acababa de conquistar y que recelaba perder si se apartaba demasiado de ella.

¿Hay respuesta para tales razones? No ciertamente, sólo que los razonamientos pierden toda su virtud en dando con entendimientos obcecados, que en lugar de rendirse á la evidencia, se revuelven contra ella. Así, pues, se optó por la batalla, que así lo quiso la pandilla que manejaba Alejandro, y con esa resolución se conformó también el emperador Francisco, tan interesado como él estaba en que cuanto antes se resolviera la cuestión, porque su país sufría todos los horrores de la guerra y deseaba también interiormente el que los rusos se midieran con los franceses, á ver si las obras correspondían con las palabras. Fué, pues, preciso abandonar la posición de Olnutz, que era bastante buena, y desde la cual sin dificultad se habría podido rechazar á un ejército sitiador por muy numeroso que fuera, para venir á provocar á Napoleón en Brun, cuyos alrededores seguía estudiando con diligente esmero después de varios días.

En cinco columnas marchaba el ejército ruso por la carretera de Olnutz á Brun, resuelto á caer sobre las tropas francesas. Llegó á Wischau, que dista una jornada de Brun, el 18 de noviembre (1), sorprendiendo allí una avanzada de caballería y un corto destacamento de infantería que el mariscal Soult había puesto en aquel pueblecillo, y que fué cercado por tres mil caballos rusos y por un batallón de infantería que penetraron en la aldea para hacer un centenar de prisioneros franceses. Al edecán Dolgorouki le cupo la mayor parte de la gloria en esa empresa, y se tuvo gran cuidado en hacer que el mismo Alejandro viniera á presenciarla

(1) Imposible nos parece el que ese 18 no haya de ser un 28, cuando recordamos que Napoleón no entró en Brun hasta el 20, y que luego pasó varios días tranquilo y ocupado en el estudio de aquella posición. (N. del T.)

para convencerle de que aquella escaramuza era propiamente lo que se llama guerra, y que con asistir á ella, doble parecía ya el valor de sus soldados. Esa insignificante ventaja acabó de sacar de quicio á todos los calaveras del estado mayor, y se hizo por lo mismo irrevocable la resolución de atacar. Con nuevas observaciones acometió Czartoryski al emperador, pero fueron recibidas con gran desaire. El general Kutusoff, bajo cuyo nombre se iba á dar la batalla, no era ya nada sino un hombre cuya culpable debilidad aceptaba determinaciones que interiormente reprochaba. Se convino, pues, en atacar á Napoleón en Brun, conforme al plan que había trazado el general Weiróther; y habiendo hecho una jornada más, vino á colocarse aquel ejército al frente del palacio de Austerlitz.

Napoleón, que tenía una rara sagacidad para adivinar los proyectos del enemigo, comprendió al punto que las tropas de la liga andaban en busca de un reencuentro decisivo, y sirvióle de mucho contento, aun cuando no dejaran de mortificarle las noticias de Berlín que suponían á la Prusia con intenciones hostiles y sus armas en movimiento para la Bohemia. Era, pues, preciso no perder tiempo, antes bien acometer inmediatamente una batalla ruidosa ó ajustar la paz. El resultado de tal batalla no le tenía inquieto, pero en la paz veía él, sin embargo, mayor seguridad; y como los austriacos la solicitaban con cierta apariencia de sinceridad, aunque refiriéndose siempre á la voluntad de la Rusia en cuanto al ajuste de las condiciones, Napoleón, que deseaba saber lo que en este punto pensaba Alejandro, despachó al cuartel general ruso su edecán el general Savary, para que cumplimentara á aquel príncipe, explorara sus intentos y se supiese de una vez su modo de pensar.

Savary se puso inmediatamente en camino y se presentó á las avanzadas rusas en calidad de parlamentario, pero con mucha dificultad logró que se le dejara llegar adonde estaba Alejandro. En lo que se le detuvo hasta obtener el permiso de entrar donde se hallaba el zar, tuvo tiempo para advertir cuáles fueran las disposiciones de aquella juventud aristócrata que Alejandro tenía á su lado, cuál su loca ceguera, cuál su ansia de asistir á una batalla ruidosa. No contaba con nada menos que con arrollar á los franceses, y correrlos hasta las puertas de la Francia. Savary oía esas baladronadas con admirable serenidad, y en cuanto se le introdujo adonde el emperador estaba, despachó su misión repitiendo cuanto su soberano le había dicho. Alejandro se mostró con él amable y atento; pero nada explícito en sus respuestas, ni en estado de saber apreciar cuál pudiera ser la suerte de aquella guerra. Como se le arguyera insistiendo en que Napoleón alimentaba sentimientos sumamente pacíficos, salió preguntando á qué condiciones pensaba hacer posible la paz. No estaba Savary con facultades para responder á semejante demanda, y por lo mismo dijo que podía S. M. I. enviar uno de sus edecanes al cuartel francés, y que allí conferenciara con Napoleón; asegurando que podía contar con que sería muy satisfactorio el resultado de semejante paso. Después de algunas otras explicaciones, en las cuales fué Savary mucho más lejos del término que se le tenía señalado, el emperador ruso lo despidió dándole por acompañante al príncipe Dolgorouki, personaje principal de la pandilla y que disputaba el favor del zar á

Czartoryski, á Strogonoff y á Nowosiltzoff. Aunque era aquel príncipe uno de los más acérrimos vocingleros del estado mayor ruso, todavía sintió un extraordinario gozo al verse comisionado para tratar con el emperador de los franceses. Partió, pues, con Savary, y fué presentado á Napoleón cuando éste no hacía sino apearse, que venía de recorrer todos sus puestos avanzados, no trayendo ni en su traje ni en su acompañamiento nada de sorprendente para un entendimiento vulgar. Oyó el emperador á aquel joven desatentado y sin reserva, que recogiendo acá y acullá algunas de las ideas más dominantes en el gabinete ruso, de las cuales ya hemos hablado al tratar del proyecto del nuevo equilibrio europeo, las desenvolvió sin miramiento y sin venir al caso. Era preciso, afirmaba él, que la Francia abandonase la Italia, si quería que inmediatamente se firmase la paz; pero que si continuara la guerra y no saliese con bien de ella, tendría que entregar también la Bélgica, la Saboya y el Piamonte para formar en torno suyo, y contra sí misma, barreras defensivas. Semejantes máximas, presentadas con tanta torpeza, dieron motivo á que Napoleón supusiese que se le demandaba formalmente la restitución de la Bélgica, cedida á la Francia en una multitud de tratados, y sintió un despecho profundísimo; pero supo enfrenarle llegando á creer que no le permitía su dignidad el manifestarle en presencia de un tal enviado. Despidióle, pues, con sequedad, diciéndole que los puntos en que discordaba la política de las dos naciones se arreglarían de manera muy distinta á la que se usa en las conferencias diplomáticas. Quedóse Napoleón sumamente irritado y sin traer al pensamiento más fin que el de dar una batalla sin conceder cuartel.

En cuanto tuvo noticia de la interpresa de los rusos en Wischou, se replegó con todo su ejército á una posición maravillosamente adecuada para el combate. Dejaba ver en todos sus movimientos cierta irresolución, que desdeñaba muy mucho de la osadía que él solía poner en todas sus operaciones; circunstancia que unida á las pretensiones de paz con que había ido Savary, acabó de exaltar las pobres inteligencias dominantes en el estado mayor ruso, los cuales comenzaron á vocear en torno de Alejandro: «¡A la guerra, á la guerra; Napoleón teme, marcha en retirada, caigamos sobre él y hundámosle!»

Los soldados franceses, por su parte sobrado despiertos, al instante comprendieron que iban á habérselas con los rusos, causándoles esa idea un contento loco; de suerte que ambos partidos se disponían á empeñar una acción ruidosa.

Napoleón con ese tacto militar que había recibido de la naturaleza, y que él perfeccionó tanto á fuerza de experiencia, escogió entre las muchas posiciones que le ofrecían los contornos de Brun aquella que le convidaba con resultados más ventajosos, en la hipótesis de ser acometido, hipótesis transformada ya en certidumbre.

Los montes de la Moravia que encadenan los de la Bohemia con los de la Hungría van declinando gradualmente hacia el Danubio, y de tal manera que la Moravia ya no enseña á las inmediaciones de ese río sino una ancha llanura. A los alrededores de Brun, capital de la provincia, esos montes no merecen más nombre que el de vastas colinas, cubiertas de sombríos

abetos, y sus aguas estancadas por falta de salida, forman una muchedumbre de lagos que corresponden por diversos conductos con el Morava (ó March) arrojándose por éste en el Danubio.

Todos esos caracteres se ven reunidos en la posición entre Brun y Austerlitz, punto que Napoleón hizo inmortal. La calzada de Moravia, yendo desde Viena á Brun, va alzándose en línea recta al Norte, y luego desde Brun á Olmutz declina precipitadamente á la derecha, es decir, al Este, delineando así un ángulo recto con su primera dirección; pues en ese mismo ángulo se encuentra la posición que acabamos de indicar. Comienza á la parte izquierda hacia la carretera de Olmutz, sobre cuevas cubiertas de abetos; se adelanta en seguida á la derecha, torciéndose hacia el camino de Viena, y luego baja insensiblemente hasta el borde de los lagos, donde en invierno las aguas son muy considerables. Por el frente de esa posición, y de un cabo al otro, corre un riachuelo sin nombre conocido en geografía, pero que en cierto punto le distinguen los habitantes del país con el de Goldbach. Atraviesa las aldeas llamadas Girzikowitz, Puntowitz, Kobelnitz, Sokolnitz y Telnitz, formando ora marjales, ora arroyos, hasta que por último muere en los lagos de que acabamos de hablar, y que se llaman lagos de Satschan y de Menitz.

Ya se ve, pues, que Napoleón, teniendo concentradas sus fuerzas sobre semejante terreno, apoyado por una parte en las colinas montuosas de la Moravia, sobre todo en un picacho redondeado que los soldados de Egipto bautizaron con el nombre del *Santón*, y por otra en los lagos de Satschan y de Menitz, con lo cual la izquierda cubría el camino de Olmutz y la derecha el de Viena; Napoleón, repetimos, estaba de esa manera en posición de recibir con ventaja un ataque defensivo. Pero no entraba en sus miras el ceñirse á la defensiva, acostumbrado como estaba á exigencias de más ventajosos resultados. Tenía penetrados los planes de su enemigo, como si se le hubieran presentado ya trazados esos planes que con tan largo estudio había al fin formado el general Weiróther. Como no había probabilidad ninguna de que los austro-rusos le arrebataran el punto de apoyo que él encontró á la izquierda en las elevadas y montuosas colinas, de suponer era que cayesen en la tentación de cogerle la espalda de la derecha, como que no se arrimaba enteramente á los lagos, á fin de cortarle la carretera de Viena. Seductor era en efecto ese punto, porque una vez atajado aquel camino, no le quedaba á Napoleón más recurso que huir á la Bohemia, poniendo á las demás de sus tropas apostadas á la parte de Viena en la necesidad de volver á subir aisladamente la vallejada del Danubio; de suerte que todo el ejército francés se vería condenado á emprender una retirada excéntrica, expuesta y aun desastrosa, si acaso los prusianos llegaran á salirle al camino.

Ese es el plan que Napoleón supuso afirmativamente en el campo enemigo, y por lo mismo una vez que hubo concentrado sus fuerzas hacia la izquierda y sobre las cuevas, dejó á la derecha, esto es, hacia Sokolnitz, Telnitz y los lagos, un espacio de terreno como abandonado, añagaza con la cual estimulaba á los rusos para que llevaran adelante sus ideas. Y sin embargo,

no era precisamente ese espacio el sitio que él destinaba para sacudir á sus enemigos el golpe mortal, pero estaba á su frente una especie de otero, del cual se propuso sacar un partido decisivo.

Más allá del riachuelo que corría por delante de nuestra posición, el terreno enseñaba frente á frente de nuestra izquierda una llanura apenas ondeada y que se corría atravesando la carretera de Olmutz; en lo que daba cara á nuestro centro, ya se iba elevando gradualmente, para ir á formar en dirección de nuestra derecha una mesa llamada de Pratzten, nombre de un lugarillo que se encuentra á mitad de la cuesta en el hueco de un ramblazo. Esa meseta tiene hacia la derecha declives sumamente rápidos que miran á los lagos, mientras que el del otro lado declina insensiblemente asomando á Austerlitz, cuyo palacio se descubre desde cierta distancia.

Numerosas eran las fuerzas que se alcanzaban á ver por esa parte. La noche parecía perderse entre una muchedumbre de hogueras, y por el día nada se veía sino hombres y caballos en continuo movimiento; y ante semejante perspectiva, ya no le quedó á Napoleón la menor duda en cuanto á los proyectos de los austro-rusos (1). Daban á entender claramente que lo que querían era bajar de la posición que ocupaban, y una vez que hubieran atravesado el riachuelo de Goldbach entre los lagos y nuestra derecha, apartarnos enteramente del camino de Viena. Si así lo ejecutaban, la intención de Napoleón era tomar á su vez la ofensiva, saltar aquel mismo riachuelo por Girzikowitz y Puntowitz, repechar la cuesta de Pratzten mientras los rusos la descendían, y guardarla. En logrando eso, ya dejaba cortado al ejército enemigo en dos trozos, uno de los cuales sería rechazado á la izquierda sobre la llanura que corta la carretera de Olmutz, mientras que el otro se quedaba en la derecha arrinconado en los lagos; en cuyo caso ya tenía que ser un día muy desastroso para los austro-rusos, sólo que importaba que su desacierto no quedase á medio hacer, y por lo mismo puso grande estudio Napoleón en aparentar una continencia sesuda, tímida, incierta para más afirmarlos en su loca confianza, y estimularlos á que cometieran el desatino sin reserva alguna.

Las disposiciones que Napoleón tomó fueron conformes con lo que pedían esos cálculos. Como ya había dos días que él estaba en la firme persuasión de que venían á atacarle, salió ordenando al mariscal Berna-

(1) Acaba de publicarse un escrito traducido del ruso por Mr. León de Narischkine, que contiene gran número de asertos inexactos, no obstante hallarse su autor en posición para haber adquirido un perfecto conocimiento de los hechos. Dicese en ese escrito que Napoleón tuvo copia del plan del general Weiróther antes de la batalla de Austerlitz. Es erróneo enteramente ese supuesto. Para admitir que semejante copia le hubiese sido remitida, era preciso probar que ese plan había sido comunicado á los jefes de los cuerpos muchos días antes, dando así ocasión á que se divulgara. Pronto justificaremos, al contrario, según aserto de un testigo ocular, que ni aun los mismos jefes rusos tuvieron conocimiento de tal plan hasta en la noche misma que precedió á la batalla. A más de eso, cuantos detalles envuelven las órdenes y las comunicaciones de aquellos días, todo está diciendo que Napoleón adivinó, no que conoció el plan del enemigo. Como no vamos en ánimo de entrar en polémica con los autores contemporáneos, nos limitaremos á corregir ese error, sin ir en busca de los demás que encierra ese escrito, de un mérito por otra parte indisputable y hasta cierto punto imparcial. (N. del A.)

dotte que dejara en Iglau (frontera de la Bohemia) la división bávara que llevaba consigo y viniera á marchas dobles con el resto de sus fuerzas hasta Brun. Al mariscal Davout se le mandó que despachase la división Friant, y si era posible la de Gudín, hacia la abadía de Gros-Raigern que se halla en la carretera de Viena á Brun al frente de los lagos. Con vista de esas órdenes. Bernadotte emprendió su movimiento, y llegó al sitio que se le había señalado el 1.º de diciembre. El general Friant, el único que recibió á tiempo el aviso, porque Gudín se encontraba mucho más apartado hacia Presburgo, rompió también su marcha y corrió en cuarenta y ocho horas las treinta y seis leguas que se ponen desde Viena hasta Gros-Raigern. Sus soldados se tiraban de vez en cuando en los caminos rendidos de cansancio; pero el menor ruido que oían le tomaban por el estruendo del cañón, recogían así nuevas fuerzas, y corrían á la defensa de sus compañeros de armas que se les decía empeñados en una batalla sangrienta. En la tarde del 1.º de diciembre, tarde de un frío horroroso, ya vivaqueaba esa división en Gros-Raigern, distante legua y media del campo de batalla. Nunca infantería alguna pudo cumplir una marcha tan pasmosa, una marcha de diez y ocho leguas por día y dos seguidos.

Así Napoleón, reforzado con los cuerpos de Bernadotte y de Friant, podía contar el 1.º de diciembre con sesenta y cinco á setenta mil hombres sobre las armas, contra noventa mil que los austro-rusos iban á oponerle.

Napoleón trajo á su izquierda el cuerpo que mandaba Lannes, en el cual contaba también la división de Cafarelli, que había reemplazado á la de Gazán. Lannes debía ocupar la carretera de Olmutz con las divisiones Suchet y Cafarelli, habiendo de combatir en la llanura ondeada que se extiende en ambos lados de la calzada. Diósele también la caballería de Murat, incluso los coraceros de los generales d'Hautpoul y Nansouty, los dragones de los generales Milhaud y Kéllermann. La forma plana del terreno le hacía prever que se había de empeñar allí un muy reñido ataque de caballería. Sobre el picacho ó el *Santón* que domina esa llanura, y en cuya cima se alza una ermita llamada de Bosenitz, estableció el 17 de ligeros mandado por el general Claparede, dejándole diez y ocho piezas de artillería y haciéndole prestar juramento de que defendería aquel puesto hasta derramar la última gota de su sangre. Era efectivamente esa cuesta el punto de apoyo del ala izquierda.

En el centro y á espaldas del riachuelo de Goldbach puso las divisiones Vandamme y Saint-Hilaire, dependientes del cuerpo que mandaba Soult. Su destino era salvar el riachuelo por los pueblecillos Girzikowitz y Puntowitz, y correr á tomar la cuesta de Pratzten cuando fuera tiempo oportuno. Un poco más allá, detrás del marjal de Kobelnitz y del palacio de Sokolnitz, apostó la tercera división del mariscal Soult, la del general Legrand, reforzándola con dos batallones de tiradores, conocidos bajo el nombre de cazadores del Po y de cazadores corsos, y un destacamento de caballería ligera á las órdenes del general Margarón. Esa división no debía poner más que el 3.º de línea y los cazadores corsos en Telnitz, punto el más arrimado á los lagos, y al cual